

EL PROGRAMA COMUNISTA

Órgano del Partido Comunista Internacional

Nr. 16 - Jenero 1975 - Precio ejemplar 25 pts. - Abono anual 100 pts.
Alemania: DM 1 - Belgica: 20 FB - Francia: 2 FF - Italia: 300 Lit. - Portugal: 25 \$
Suiza: 1,50 FS

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO es la línea que va de Marx-Lenin a los comienzos de la III Internacional, a la lucha de la Oposición de Izquierda contra la degeneración stalinista y contra la política de los Frentes Populares y de los bloques de la Resistencia, la dura obra de restauración de la doctrina y del órgano revolucionario, en contacto con la clase obrera, fuera de el politicantismo personal y electoral.

EN ESTE NÚMERO:

La parábola del laborismo

**La unica via de emancipación del proletariado
es la de la insurrección, de la destrucción
del estado burgues y de la dictadura
(El problema del poder - La toma del poder -
El empleo de la violencia)**

Correos: Il programma comunista - cas. post. 962 - Milano (Italia)
Programme communiste - 20, rue Jean Bouton - Paris - 12e (Francia)

LA PARABOLA DEL LABORISMO

Denominación que recibe la "tendencia política" sustentada por el Partido Laborista Inglés consistente en acceder a la transformación de la sociedad mediante reformas graduales impulsadas e implantadas desde el ejercicio del Gobierno del país (nacionalizaciones etc.). El origen del partido laborista fue el Comité de Representación del trabajo creado en 1900 para las elecciones al Parlamento. En 1906 se fundó con el nombre (Labour Party) por acuerdo entre los sindicatos (TRADE UNIONS), la FEDERACION SOCIAL-DEMOCRATICA, LA SOCIEDAD FABIANA y el PARTIDO INDEPENDIENTE DEL TRABAJO. En su postura política destaca la recusación de una doctrina sistematizada, y la negación de la lucha de clases. Ha participado varias veces en coaliciones gubernamentales (1915, 1924, 1929, 1931, 1940) y obtuvo la mayoría electoral en 1945, eliminados en 1951, volvieron al poder en 1964 dirigidos por el triste individuo Harol Wilson (pequeña historia de éstos individuos) por encima.

Trayectoria del Laborismo

El buen burgués que celebra en Inglaterra, o en Westminster -para él es la misma cosa- "la madre de todos los parlamentos" debería rendirle también un homenaje solemne por haber dado nacimiento a esta maravilla de maravillas que es una socialdemocracia por decirlo así "al estado puro", una socialdemocracia que, llegada a la madurez, no tiene ninguna necesidad de renegar su raíz de clase original, por la simple razón que nunca la ha tenido; una socialdemocracia que ha jugado con "suavidad" su papel de predicador de la colaboración entre las clases en el cuadro del orden económico y político establecido, antes de recibir su consagración en la gerencia de este mismo orden; una socialdemocracia, en una palabra, que ha recibido desde su nacimiento todas las bendiciones religiosas y todas las introducciones mundanas que la han convertido en lo que es.

A un delegado "inglés" que en el II Congreso de la Internacional Comunista en 1920, hablaba del Labour Party como de la "expresión política de los obreros organizados en el sindicato, Lenin respondió: "Que se entienda bien, el partido laborista está compuesto en su mayoría por obreros. Pero para que un partido sea o no sea realmente un partido obrero no depende solo de estar compuesto de obreros, sino también de las características de sus dirigentes, del contenido de su actividad y de su táctica política. Solo este último elemento permite de establecer si nos encontramos de frente a un partido político del proletariado. Bajo este aspecto, el único justo, el partido laborista es un partido completamente burgués, porque, si bien está compuesto de obreros, está dirigido por reaccionarios -y de la peor especie- en el sentido y en el espíritu de la burguesía". (1)

Eso es lo que hay que comprender bien (y bien entendido, Lenin lo sabía) que si el laborismo merecía esta seca definición en 1920, la merecía tanto o más en 1900 cuando se llamaba todavía tímidamente Labour Representation Comunita, o en 1906 -el año de su primera y gran victoria electoral celebrada a la sombra benévola de la última victoria de los liberales- cuando tomó el título "orgulloso" que ha conservado hasta nuestros días. Puesto que aquí está la clave de la trayectoria de 70 años de laborismo inglés, también el esplendor de la Inglaterra educardiara no hacían más que esconder el fin de una superioridad casi secular en la industria en el comercio y en los mares; así

como la cortina de humo de la victoria electoral del liberalismo escondía en realidad su rápida caída, para prolongar armoniosamente la gestión bipartidista de la gradual e inexorable decadencia británica, hacía falta una fuerza de recambio, un partido liberal con hábitos de obrero. Nacido para esto e incluso en esto temporizador, el Labour Party se presenta como candidato a la herencia demócrata de Gladstone.

"La doctrina de los líderes del partido obrero inglés, escribía Trotsky en 1925, es una cierta mezcla de conservación y liberalismo parcialmente adaptado a las necesidades de las Trade Unions o para ser más exacto de los medios dirigentes. Estos profesan el culto del gradualismo. Además profesan la religión del antiguo y nuevo testamento. Se consideran como los ultra-civilizados, creyendo que el Padre Celeste ha creado la humanidad para maldecirla después con su amor infinito, para después, tratar de arreglarla con la ayuda de la crucifixión de su propio hijo. El espíritu cristiano ha alumbrado instituciones nacionales como la burocracia de las Trade Unions, el primer ministro Macdonald y Mrs. Snowden". (2)

Al centro de ese tanto de calvinismo que el Labour Party heredaba en su nacimiento, había la certidumbre de su predestinación: y en efecto, en 1900/1906, todo lo predestinaba a ser una constitución nacional. En su nacimiento había reinado la constelación más propicia que Su Majestad Británica pudiese invocar en sus plegarias. El ex-independiente Labour Party de Keir Hardie le dejaba en herencia un mecanismo legalista, reformador y pacifista sordo a la voz de la lucha de clase, pero sensible a la "justicia" y al "amor". El apoyo organizativo y financiero de las altas esferas de las Trade Unions le aseguraba un apoyo obrero a condición que, proveniente de esta preciosa carga coja bajo su protección el patrimonio celosamente guardado de una "política obrera" jamás empujada más allá de una proyección sobre el plan parlamentario de lucha reivindicativa, contenida ésta en el cuadro de una oposición entre gentes bien educadas, y rápidamente "llamada al orden" por medios de arbitrajes, de sabotajes, y de compromisos in extremis cada vez que ésta se escapaba de su cuadro.

La venerable Fabian Society le abastecía un equipaje ideológico "típicamente inglés" que sumergía sus raíces no en -Dios nos guarde- Marx ni incluso en el de Ricardo, Mill, e incluso en Bentham, en la de los pontífices del liberalismo pasando por Owen, y no por su "entusiasmo comunista" sino por su aversión a la "utópica lucha de clase". Esta ideología en la cual el "socialismo" (confundido con la nacionalización o la municipalización de los servicios públicos y en una perspectiva extrema, de la tierra) se identificaba con el honesto cálculo "un gran provecho para su gran número" era compatible con un atisbo de protestantismo no conformista (no del género heroico "costillas de hierro" de Cromwell, sino del género tonto, fatuo y calculador de los tenderos victorianos) (3), así como con una dosis variable de lirismo socialista a la William Morris; de la misma manera que en los grupos fabianos la fría mentalidad de los esposos Webb coexistía sin dificultad con el vegetarismo inoclista de G.B. Shaw y en teosofía protectora de los animales de Annie Besant. Cosa curiosa -pero solamente para aquellos que no llegan a ver la historia con los ojos de los marxistas- ese "socialismo" fabiano asepsizado permitía más tarde mezclarse con el reino spenceriano de la "supervivencia del más idóneo" o en aquél del "super-hombre" nietzscheano o wagneriano. Mezclar este lio, o mejor dicho, meter el acento en función de las circunstancias nacionales, sobre este mejor que sobre el otro de los tres filones y tendréis el decálogo que nosotros nos permitimos sacar de Macdonald y de las citas

que hace Trotsky: ¿Quién no siente compasión de la pobreza? -El socialismo no cree en la violencia (...). Nosotros no tenemos conciencia de clase resaltar el sentimiento de la solidaridad social- hay que considerar al obrero no como un obrero sino como un hombre; incluso el torismo (los conservadores N de R.) han aprendido en una cierta medida a tratar a los obreros como hombres. -El socialismo está fundado sobre el Evangelio, él representa un tentativo (...) de cristianizar el gobierno y la sociedad- Nosotros somos poetas. (...). De manera general nada es bueno sin poesía. El mundo sobre todo tiene necesidad de un Shakespeare político y social. Equipado de un decálogo tan robusto y del sólido equipaje del que nosotros hemos hablado, el Labour Party podrá descubrir la Poesía en las trincheras sangrientas de Posschendade; Shakespeare en los planes quinquenales y en el stakhanovismo, o en las purgas estalinianas (que se recuerde a los esposas Webb); el sermón de la montaña en los discursos de los bonzos durante las grandes huelgas de 1911 en las minas, en las ferrocarriles, en los puertos, en los astilleros navales de la Clyde; la compasión por la pobreza en los planes de austeridad colectiva de Stafford Cripps en los albores de la segunda guerra imperialista; la solidaridad social en los presupuestos de Snowden de la constitución de Westminster el mismo imperio no era societas? El podrá, sobre todo, reclamar la gestión de la economía y del Estado sobre la base del Columinoso proyecto de nacionalizaciones, de seguridad social, de reforma administrativa y bien entendido, de la defensa de la Libra Esterlina y de la Unión Jack, preparado por los Webb en en el momento en que el partido liberal había saltado en pedazos en el choque irreversible de la primera guerra y donde la ola de potentes agitaciones sociales hubiera al mismo tiempo empujado al laborismo delante de la escena como pretendida expresión política de la clase obrera "pidiéndole de demostrar en los hechos (el primero de estos hechos rerá siempre el arte... threciana al pié de la letra "saber terminar una huelga") lo que era realmente un "partido foncieramente burgués".

No nos debemos dejar engañar por el hecho que las Trade Unions, o para ser más exacto, los órganos dirigentes, hayan aportado al Partido Laborista naciente, su contributo de organización y financiera para poner fin a un periodo de varios decenios de colaboración con el partido liberal (salvo algunos coqueteos ocasionales con los tory para poner a los Whigs celosos) y por fin tener sus propias representaciones en los Comunes. Ellos cerraban el capítulo del "viejo tradeunionismo" solamente para abrir otro "nuevo" y uptto date: no somos nosotros malignos sino el buen Cole cuando escribe que el suceso electoral laborista en 1906, el primero de una larga serie fue bautizado por los liberales; y todo el mundo sabe que el balance "social" de Lloyd George en los cuatro años siguientes -un presupuesto que hacia atras miraba a los jóvenes Webb, y adelante, a los Suowden Cripp Wilson y la caritativa Barbara Castte.

Con todo su empirismo, la Inglaterra burguesa demuestra una tenacidad que nosotros nos atrevemos calificar de dogmática y también de talmúdica, en la invarianza de sus ideologías, de sus programas y de sus alianzas, entre pasado y presente, como seguridad de su futuro. Los personajes que ésta trae y lleva a la escena no desaparecen más que para reaparecer de nuevo con otros disfraces y otros nombres. En la primera mitad del siglo pasado, los cruzados del libre cambio habían prometido a los aliados proletarios una "parte grande del jamón", una vez llegados al poder, éstos distribuyeron, no a la clase, sino a la aristocracia obrera, las migajas que ellos habían conseguido por su obediencia a la nada

filantròpica administraciòn del Imperio. Lloyd George se presenta en 1906 - 1910 bajo el hàbito tierno de un Canciller del marco progresista: durante la carniceria mundial, como primer ministro en uniforme caqui y buen jusqu'a-boutiste.

En 1924, cuando Macdonald entra por primera vez en el número 10, de Downing Street, tiene todavìa detras de èl, el decàlogo que nosotros hemos citado (y Trotsky puede cojerlo a la palabra para rayarlo con ferocidad): pero no habrà una onza de poesia ni de evangelio en el lenguaje y en la pràctica del primer ministro de los gabinetes de uniòn nacional -o mejor dicho de uniòn sagrada- porque de 1929 a 1931 es una època de guerra, la de la crisis mundial. Los conservadores cojen el relevo seguidamente, màs como hubiera hecho un líder de partido liberal de la bella època, Attlee se sentarà como vichehòroe de la cruzada democràtica contra la barbarie nazi al lado de un Churchill ya con la aureola y la gloria de haber intervenido en Rusia y la liquidaciòn militari de la huelga general de 1926 (bien entendido con la ayuda de Purcell y Estalin); y despuès como tercer personaje en la paz de Postdam, al lado de Estalin y Truman. Es el mismo Attlee el que abrazara el plan de austeridad postbèlica como corresponde hacer sin consecuencias graves a un "representante de los trabajadores"; y seràn sus descendientes a inaugurar, una vez reparadas de la mejor manera las dificultades de la guerra y de la crisis, las delicias del Welfare State. En cuanto al ùltimo Wilson, no se lee sobre su frente o en su corazòn ni poesia, ni viejo ni nuevo Testamento: si hay versos en el lenguaje de sus discursos de administrador delegado de la United Kingdom Company, son èsos de la finanza Keynesiana o sus equivalentes. "Se puede decir sin exageraciòn, escribìa Trotsky, que la sociedad fabiana formada en 1884 a fin "de despertar la conciencia social" es hoy dìa el grupo màs reaccionario de Gran Bretaña. Ni los clubs conservadores, ni la Universidad de Oxford ni el episcopado anglicano, ni las otras instituciones clericales, pueden entrar en competencia con los fabianos" (5). Pero el Labour Party de 1974 (o de 1945 o de 1964) no sabe que hacer de la filosofia fabiana: ya no le hace falta ninguna doctrina. Se ha encontrado en la basura la podrida càscara ideològica pero ha conservado el nucleo duro, realista y rentable de un arte consumado de la gestiòn eficaz del orden burguès; es el equivalente britànico despuès de haber sido el maestro de la social-democracia alemana de Bad-Godesberg y del incomparable Willy Brandt. Tiene el derecho y el deber de presentarse en este hàbito: hace 50 años exàctamente que dà a la clase dominante la prueba irrefutable de que es indispensable en las funciones del estado a la hora de la tempestad y sobre todo al fin de las huelgas importantes pero castradas "con dulzura". En 1924 la llegada al poder de Macdonald habìa sido saludada por el Economist con un grito de entusiasmo: "Un ministerio que no està falto ni de entusiasmo ni de cerebro, ni de distinción, ni de peso y al cual el pais en su conjunto està dispuesto a ayudarle; en marzo de 1974 el Financial Times saludò el retorno de Wilson al gobierno explicando "el acojedor entusiasmo dado a la vez por el mercado de cambio y por la bolsa" a "un gobierno que probablemente va a meter ràpidamente la industria al trabajo a pleno rendimiento" y que por eso, merece "una larga confianza de las gentes de negocios". Productividad y austeridad, solidaridad nacional y paz entre las clases de Heath a Wilson con una sola diferencia, digna del liberalismo podrido del partido del Labour: todo eso debe ser "voluntario" es decir... voluntariamente impuesto a la clase obrera, organizada o no, por la llamada "expresiòn política.

La estupidez (y la ignominia) de la oposición espontaneísta a la social-democracia, no es el hecho de proclamar que la clase obrera ha derrocado el gobierno conservador, sino en el hecho de pretender que esto constituya una "victoria de los trabajadores".

La primera afirmación es en parte justa: el Labour Party siempre a "vencido" (admitiendo que el hecho de obtener la mayoría en las elecciones y de ir al gobierno sea sinónimo de "vencer") en el curso de las huelgas violentas que quebrantan los fundamentos de la economía nacional o contrarian, por lo menos, su desarrollo pacífico, o bien porque un nuevo desarrollo de esas huelgas sobre una escala todavía más grande representaban una amenaza inminente. La segunda proposición no es solamente falsa, es capituladora, porque esa "victoria" ha significado siempre la salvación y a largo plazo el refuerzo del orden establecido, el orden burgués. Y cuando por intermediar, los espontaneístas utilizan el argumento de que victoriosa o vencida, se trata de una "experiencia" más, saludable e indispensable para que los propietarios comprendan cada vez mejor el papel del guardia de corp de la social-democracia, ellos "olvidan" dos cosas: Los revolucionarios no están aquí para coleccionar pruebas de apoyo para su denuncia de la traición reformista, sino para evitar con todas sus fuerzas, que la clase obrera continúe a hacer la trágica experiencia de pasar cada vez el mismo calvario, desde la rutina relativamente inécula de la "solución pacífica" de las huelgas potentes, hasta la masacre de la vanguardia proletaria como por ejemplo en el curso de las formadas de Berlín o de Munich. 1919.

La posibilidad de sacar de los desastres lecciones fecundas no depende de su acumulación (que en general no es un factor de fortalecimiento sino al contrario, de decepción y amargura) sino de su selección, su interpretación, su utilización y conservación en la "memoria de la clase obrera se concretiza en el partido". (6) no un partido cualquiera, sino ese que, como dice el Manifiesto de 1948, "en el seno del movimiento actual, representa y defiende al mismo tiempo el porvenir" en lugar de postrarse ante un sombrío presente; en una palabra, el partido de clase, el partido marxista, el partido que es el gran ausente en casi un siglo y medio de historia del movimiento obrero británico.

A menudo se "olvida" el doble desastre internacional, el cual todos sufrimos dolorosamente y los proletarios ingleses en primer lugar. En realidad en la trayectoria de su dolorosa historia, el movimiento obrero inglés da a los revolucionarios marxistas una doble enseñanza, o sea, una doble lección. No hay país capitalista avanzado donde la historia, en razón precisamente de ese desarrollo, sea más rica en huelgas gigantescas y en movimientos reivindicativos potentes como Inglaterra (la huelga reciente de los mineros, en la cual Wilson ha firmado la liquidación, es el último ejemplo de una larga serie); en lo que hay una confirmación general del marxismo como teoría y ciencia del carácter inevitable e incurable del antagonismo de clase. No hay un país capitalista avanzado (a excepción quizás de los EE.UU.) que demuestre con más relieve la tesis central del marxismo como ciencia de la vía obligatoria de la solución revolucionaria de estos antagonismos, esta tesis que Lenin resume en el "¿Qué hacer?" explicando que no solamente no hay continuidad mecánica entre la lucha económica y la lucha política de clase, sino que "el desarrollo espontáneo del movimiento obrero desemboca justamente a subordinar a la ideología durguesa (...) puesto que el movimiento obrero espontáneo es el Trade-unionismo, la Nur-Gewerkschaftlerei, por supuesto el Trade-unionismo, es justamente la servitud ideológica de los obreros a la burguesía", (7)

Entre la lucha reivindicativa y la lucha política de clase, entre la lucha que se entabla en el cuadro de las relaciones inmediatas entre el capital y el trabajo y que es compatible con la denominación del primero sobre el segundo y la lucha contra los mismos fundamentos de esta denominación; y en primer lugar contra el aparato del Estado, háy un salto cualitativo; y no el traspaso orgánico de una forma de lucha a otra.

La Trade- Unions que alumbraron en el 1900 al Labour Party y lo mantienen en vida, se han limitado y se limitan a dar un barniz político a sus luchas económicas, lo que equivale a la "esclavitud ideológica" directa "de los obreros hacia la burguesía", con la pretensión vigorosamente denunciada por Lenin, de transformar la lucha económica "imprimiéndole un carácter político". Es precisamente refiriéndose a la situación inglesa cuando Lenin escribía en una nota luminosa que nosotros dedicamos a los espontaneístas: Pedir que se "imprima a la lucha económica misma un carácter político" expresa de manera absoluta el culto de la espontaneidad en el terreno de la actividad política. A menudo, la lucha económica asume espontáneamente un carácter político, es decir, sin la intervención de ese "bacilo revolucionario que son los intelectuales", sin la intervención de los socialistas (es necesario recordar que en 1902 se llamaban social-demócratas N d R) conscientes. O sí, la lucha económica de los obreros en Inglaterra ha revestido un carácter político sin la menor participación de los socialistas. Pero la tarea de los socialistas no se limita a la agitación política sobre el terreno económico, su tarea es transformar (e aquí el salto cualitativo dialéctico) esta política Trade-unionista en una lucha política socialista, aprovechar las luces de conciencia política que la lucha económica a hecho penetrar en el espíritu de los obreros para levantar a éstos últimos a la conciencia política socialista. (8).

En ciento treinta años de historia, el movimiento obrero inglés ha hecho emanar del yunque de la lucha económica millones y millones de chispas. La Nur-Gewerkschaftlei de las Trade-Unions y su expresión política (política burguesa el laborismo, las ha apagado; hay que comprender bien que esas chispas por sí solas jamás hubieran podido provocar la guerra civil, para la conquista revolucionaria del poder. La lucha por obtener "un ecuo salario por una ecuo jornada de trabajo" contiene el germen de la lucha por la "abolición del trabajo asalariado" --es Marx que nos lo enseña--, es una condición necesaria pero insuficiente para la emancipación de la clase obrera. Es un germen que necesita ser fecundado desde el exterior, por medio de la teoría y la acción del partido.

- Pedir a los proletarios que saquen una experiencia práctica de los engaños social-demócratas en los límites de las luchas reivindicativas, es pedirles "elaborar una ideología independiente en el curso de su propio movimiento", es, para el marxismo, pedirle lo imposible; eso equivale en realidad, atenerse a Wilson y a su Labour Party en su función de guardia de corp de la burguesía.

Por esto "nuestra tarea" y la de los comunistas revolucionarios ingleses "consiste en combatir la espontaneidad, en alejar el movimiento obrero de esta tendencia espontánea del trade-unionismo de refugiarse bajo las alas de la burguesía" (9) y atraer el movimiento obrero bajo las alas del comunismo marxista. Es a esta condición que implica, que sea importado en la Inglaterra proletaria (que jamás lo ha conocido) la ciencia de la lucha emancipadora de la clase obrera --no tanto como cultura académica-- sino como partido organizado que las "chispas" que los rayos de

luces rojas que iluminan periódicamente el cielo sombrío de la Inglaterra burguesa se transformen en incendio. Solo a esta condición es como desaparecieran con los Wilson presentes y venideros todos los filisteos del Trade-unionismo y sus expresiones necesarias inevitables, el laborismo y el fabianismo.

No es suficiente decir: "este es nuestro deseo", Hay que quererlo y trabajar para que así sea.

* * *

(1) Lenin, Obras, Tomo XXXI P.267.

(2) Donde va Inglaterra? Reedición Antaropos, 1971, P.60

(3) Si, porque "la historia ha presentado a estos señores sus partes bajas; y aquello que os han leído se ha convertido en su programa". Trotsky, cap. citado.

(4) De que modo y manera eran empresarios que, dentro del alineamiento de Jhon Stuart Mill y antes de Ricardo, ellos enseñaban que, la lucha no deben disputarse el capital y el trabajo, sino la enorme mayoría de la nación y aquellos que se apropian de las rentas. He aquí, un sonido de campanas que no ha cambiado.

(5) Que política podía bien "representar" el Labour Party como filiación de los Trade-Unions? como lo ha escrito Lenin en una nota de Qué hacer? El Trade-unionismo no excluye en nada toda "política" com a veces se piensa. Los Trade-Unions han conducido una cierta propaganda y una cierta lucha política (pero no social-demócrata) Obras completas Tomo 5, P. 382.

(6) La frase, que completa suena así: "La memoria histórica de la burguesía consiste en sus tradiciones de gobierno, en las instituciones, en las leyes del país, en el arte de administración a que ha sido asimilada. La memoria de la clase obrera se concretiza en el Partido", es también de Trotsky (cap. VIII del volumen citado.), el cual añade: "Un partido reformista es un partido de corta memoria".

(7) Trotsky, obra citada, p.89.

(8) Así pues, la frase pomposa de "imprimir a la lucha económica misma un carácter político", "terriblemente" profunda y revolucionaria, oculta, en el fondo, la tendencia tradicional a rebajar la política social-demócrata al nivel de la política trade-unionista.

(9) Lenin obras, tomo 5, pp. 391-392.

(10) Lenin Iden, pp. 424-425.

(11) Lenin Iden, p. 392.

* * *

LA UNICA VIA DE EMANCIPACION DEL PROLETARIADO
ES LA DE LA INSURRECCION, DE LA DESTRUCCION
DEL ESTADO BURGUES Y DE LA DICTADURA

El articulo que publicamos aqui forma parte de una serie de tres articulos -los otros dos se intitulan "El problema del Poder" "La toma del Poder" y "El empleo de la violencia"- aparecidos en los numeros 13, 16 y 20, de febrero de 1921 de "Il Comunista", òrgano central del Partido Comunista de Italia. Esos articulos tratan de cuestiones vitales y centrales de nuestra doctrina sin abandonar jamàs el rigor màs grande en la formulaciòn.

Es inútil insistir (y los lectores se daràn cuenta de ello fàcilmente) en el hecho de que los adversarios de nuestra visiòn del proceso revolucionario son los mismos hoy que ayer y razonan de la misma manera, con la sola diferencia que socialistas y "comunistas" han caído por debajo del nivel, no digamos de los serratistas y otros màximalistas, sino incluso de los socialdemòcratas de esa época. Por nuestra parte, no hemos cambiado ni una coma a un programa que era y debe ser siempre considerado como invariable, o dejar de llamarse comunista.

*** *** *** ***

EL PROBLEMA DEL PODER

El proceso por el cual el movimiento político proletario se ha alineado en Italia sobre las posiciones de principio y de tàctica del comunismo, con los conocidos episodios que lo han caracterizado, para arribar a la reciente escisiòn minoritaria de los comunistas de

un Partido que ya adhería a la Tercera Internacional y declaraba, en su gran mayoría, haber aceptado sus principios y sus métodos; este complejo proceso ha dado a los adversarios del comunismo la ocasión de poner obstáculos a la formación de una verdadera conciencia revolucionaria y de perturbar la preparación revolucionaria gracias a su hábil táctica política, pero también -y sobre todo- mediante la simple crítica teórica tendiente a arrasar con las afirmaciones comunistas formuladas y defendidas demasiado ligeramente en un primer momento. Como ya lo hemos dicho muchas veces, es deber del Partido Comunista -que continúa hoy, en forma orgánica, la importante obra de las corrientes verdaderamente comunistas que habían aparecido en el viejo partido- restablecer, ante todo, las claras posiciones de principio que distinguen netamente a los comunistas de las otras escuelas socialistas tradicionales, creando esta incompatibilidad y esta oposición de pensamiento y de acción que los partidos comunistas han erigido por todas partes contra los restos de los viejos partidos de la segunda Internacional.

Es en vano intentar superar este abismo -que aparece aún hoy esencialmente en el plano teórico, pero que se transforma en oposición cada día más violenta y más implacable en la acción- tendiendo el insidioso puente de la unidad, puente frágil y engañoso que, si lo utilizara el proletariado, lo haría caer en el abismo de la contrarrevolución.

ESTADO Y CLASES SOCIALES

Las consecuencias de la guerra y los acontecimientos que se han producido en los países en los que ellas han provocado las primeras convulsiones revolucionarias, han planteado con toda claridad el problema de la emancipación de la clase proletaria, confirmando enteramente la solución genial que el marxismo da a este problema y provocando una violenta polémica que es, en todas partes, el preludio de una lucha sin piedad que llega incluso hasta la lucha armada entre los partidarios de este método revolucionario, patrimonio de la Internacional Comunista, y los viejos socialistas que permanecen en el terreno de las deformaciones reformistas de la teoría marxista.

Estos dos métodos se oponen totalmente cuando se trata de considerar el problema del poder en las relaciones entre las clases, en el desarrollo que debe conducir de la dominación actual de la clase

burguesa a la victoria definitiva del proletariado.

Los socialdemócratas, que pretenden constituir una rama del marxismo, muestran aceptar algunas de sus posiciones fundamentales cuando se dicen socialistas y explican que, para tener derecho a este adjetivo, basta aceptar el criterio de la colectivización económica y el de la necesidad de la toma del poder político por el proletariado, hoy detentado por la clase capitalista, para llegar a esta colectivización. A partir de ahí, según ellos, existiría una divergencia secundaria de escuelas y de tendencias. Por el contrario, es extremadamente importante mostrar que es de esas posiciones sobre problemas que parecen ser lógicamente secundarios, es decir, sobre la forma precisa y concreta de considerar el paso del poder político de la burguesía al proletariado, que provienen los profundos desacuerdos que revelan la oposición de principio entre los que siguen sin vacilación el pensamiento marxista hasta sus últimas consecuencias, y los que lo tuercen al punto de sacar conclusiones que revelan una mentalidad perfectamente ant-revolucionaria y burguesa, preludio de una alianza de hecho con la burguesía, cuando el comunismo pase del dominio de la crítica al de la preparación y de la acción decisiva.

ESTADO BURGUES Y ESTADO PROLETARIO

Está claro que el Estado burgués es el protector de los intereses y de los privilegios capitalistas y que el Estado proletario de mañana deberá ser, por el contrario, el artesano de la demolición de los privilegios económicos del capitalismo y el constructor de la economía colectiva, es decir, de las bases de una sociedad sin división de clases y sin Estado. Pero una vez que se ha obtenido la adhesión formal a estas tesis teóricas del marxismo, a las cuales se refería en su discurso de Livorno, Turati mismo, debemos preguntarnos y preguntar cuáles son los caracteres del Estado proletario que lo distinguen del Estado burgués, para poder resolver el problema concreto de los aspectos de la crisis que conducirá de éste a aquél, problema del cual dependen las conclusiones vitales de orden táctico que deben guiar la acción revolucionaria.

Sobre este punto, la Internacional Comunista, fortalecida por las experiencias decisivas y las confirmaciones de la historia viviente, enuncia tesis que, conforme al trabajo incomparable de Lenin al fundar su poderosa crítica de Estado en la transformación revolucionaria,

vuelven a proponer en forma luminosa la posición de Marx y Engels sobre esta cuestión.

El Estado proletario no deberá conservar el sistema actual de representación electiva del Estado burgués, y menos aún su máquina ejecutiva burocrática, jurídica, policial y militar. Esto -digámoslo inmediatamente- no significa que el Estado proletario no tendrá ni representantes elegidos, ni mecanismos de ejecución con funcionarios, tribunales, policía, ejército; esto significa que este nuevo aparato será enteramente diferente del aparato actual, aunque más no fuera por el solo hecho de que no tendrá necesidad de la diferencia existente en el Estado burgués entre órganos representativos y órganos ejecutivos, pero sobretudo a causa de las diferencias fundamentales de estructura que derivan de la oposición entre las tareas históricas a cumplir, que han sido puestas en claro por las revoluciones proletarias, de la gloriosa tentativa de la Comuna de París a la victoria de la República Rusa de los Soviets.

LAS INSTITUCIONES DEL ESTADO PROLETARIO

Los "socialistas" que no comprenden que las instituciones representativas del Estado burgués (parlamento, consejos generales y municipales) no pueden ser los órganos representativos de un Estado proletario, no comprenden la esencia del marxismo, a saber; la crítica de la democracia. Ellos no comprenden que el principio fundamental de la democracia, que consiste en dar un derecho político electoral igual a todos los ciudadanos de todas las clases, ha nacido con la burguesía y debe morir con ella, porque su funcionamiento es, para la clase capitalista, la garantía que el poder quede entre sus manos.

Nosotros no volveremos a los argumentos teóricos de esta demostración; recordaremos solamente que, en el período de convulsión actual, en el curso del cual han aparecido gobiernos de toda clase, no solamente no hay un sólo ejemplo de gobierno socialista con base democrática parlamentaria que desempeñe la función de destrucción de los privilegios burgueses, sino que los gobiernos de esta naturaleza, que existen en algunos países, son los cómplices más feroces de esta burguesía, en el interior y el exterior, y ejercen la peor represión anti-revolucionaria.

Precisamente porque no tiende a conservar de manera estable las

relaciones de opresión y de explotación de una clase sobre otra, sino a hacer pesar sobre la burguesía la voluntad organizada del proletariado con el objetivo de suprimirla lo más rápidamente posible y de dar nacimiento a la sociedad sin clases, el Estado proletario debe negar, desde el principio, todo derecho y toda actividad política a esta burguesía cuyas funciones económicas no puede suprimir instantáneamente.

La historia ha demostrado que la única forma posible de poder proletario es la que tiene como órganos de representación no los parlamentos y otras instituciones democráticas, sino consejos elegidos únicamente por los miembros de la clase proletaria. Ahora bien, no se llega a una tal forma de poder, a la dictadura proletaria, por medio de la democracia, sino por la destrucción de la democracia.

La diferencia entre comunistas y social-demócratas salta aquí a los ojos porque estos últimos piensan llegar al poder en el parlamento y por el parlamento. Esta oposición está muy estrechamente ligada a la forma de considerar el ejecutivo del Estado burgués.

En efecto, todo cambio parlamentario de poder, incluso acompañado de la modificación exterior de algunas formas constitucionales, se limitaría a cambiar los ministros, es decir, los que en el fondo menos influyen sobre la rutina de funcionamientos del aparato del Estado. Mientras los comunistas se proponen constituir una nueva máquina de poder cuyas funciones son el reverso de las del aparato de Estado burgués, los socialdemócratas pantean al proletariado la posibilidad de tomar la máquina actual por medio de un proceso parlamentario, es decir, pacífico y respetuoso de la legalidad y de servirse de él para el objetivo revolucionario de la expropiación de la burguesía.

LA CONQUISTA PROLETARIA DEL PODER

Hay pues dos concepciones diametralmente opuestas de la toma del poder por el proletariado. Incluso los D'Aragona y los Baldesi dicen ser partidarios de la toma del poder y haber abandonado la vieja tesis reformista que consiste en aceptar una parte del poder bajo la forma de ciertos representantes socialistas en un ministerio burgués. Los comunistas unitarios, que ven en esto una aceptación de las tesis comunistas, aportan la prueba de que ellos tampoco se sitúan sobre el verdadero terreno del comunismo. El problema, en efecto, no está en proponer formalmente marchar hacia el poder, sino en reconocer o

Se trata entonces de ver bien lo que es necesario entender por aceptación del método comunista; y es ese el problema central que se ha presentado en Italia y que ha sido resuelto en Livorno. Sin embargo, la solución apartada al nivel de la organización del Partido no excluye la necesidad de una clarificación frente a la campaña anticomunista desatada cotidianamente por medio de declaraciones de fe comunistas por los que desde ahora están fuera del comunismo tanto en la doctrina como en la acción, y alimentada por el trabajo de zapa al que se dedican habilmente los que han quedado con la derecha del Partido incluso en la ola de entusiasmo, y que intentan sacar provecho del reflujo de la exaltación primera, pretendiendo ver allí la prueba del fracaso de la teoría y de la práctica de la IIIa. Internacional.

Es necesario decir, ante todo, que el método comunista no está realmente aceptado cuando esta aceptación reposa solamente sobre el reconocimiento del hecho de que ha sido puesto en práctica en ...Rusia (donde esta aplicación fue hecha sin esperar la autorización de nuestros "comunistas" indecisos) o sobre el hecho de que se reconozca al proletariado ruso el derecho de darse un régimen de soviets (derecho que los fusiles y los cañones del Ejército Rojo protegen sumamente bien).

No se puede decir tampoco que es comunista el que admite la violencia, la dictadura, los soviets, pero solamente como formas y aspectos posibles del desarrollo de la revolución; el que consiente no condenar despiadadamente estas posiciones como degeneraciones antisocialistas y que no arriesga excluir que esas formas y esos aspectos puedan, en ciertos casos y en ciertos países, imponerse como una necesidad... que por otro lado juzga deplorable.

El valor y el vigor de esas tesis marxistas derivan de su carácter general, del carácter exclusivo de su formulación, cuando se afirma, como en los escritos teóricos de Marx y de Engels y en las Tesis de la IIIa. Internacional, que la única vía que conduce a la emancipación del proletariado, la única vía que va del poder de la burguesía al del proletariado, es la vía de la lucha violenta y de la dictadura. Dogmatismo? Esquematismo? Ignorancia de las múltiples formas que pueden tomar, en el tiempo y en el espacio, por mil y una razones particulares, los desarrollos de la historia? No, sino el resultado de un examen muy vasto y poderoso sobre la base de elementos innumerables, sacados de la doctrina y de la experiencia prac-

tica, y reunidos no por un hombre sino por una clase en su movimiento de crítica y de combate. Este resultado establece que existen en el curso de la historia, características fundamentales uniformes que constituyen la base de la conciencia y la guía para la acción de una clase que lucha internacionalmente para resolver un problema -el fin del capitalismo- que la historia plantea a una escala cada vez más universal. El carácter general de las grandes líneas del desarrollo histórico no excluye, por supuesto, el estudio de cada problema de detalle, en sus aspectos más variados, y la resolución de cada problema práctico por medios adecuados y múltiples, pero que no deben jamás entrar en contradicción con el cuadro general de nuestra crítica. Dicho esto, si no se cree en esas características uniformes y permanentes en la historia, no queda más que pasar al campo del eclecticismo escéptico de la burguesía decadente, y es eso lo que hacen efectivamente, primero en el plano teórico, después en el plano práctico, los que sostienen lo contrario de las tesis comunistas.

Existe una posición opuesta a la posición comunista que se podría calificar de posición social-demócrata pura. No hablamos de los que afirman, en desmedro de la situación heredada de la guerra, que el capitalismo debe todavía vivir en un desarrollo gradual de sus formas, que la clase burguesa debe todavía permanecer en la dirección de la sociedad y conservar el poder en sus manos. No hablamos tampoco de los que hoy aún están listos para aceptar la participación de representantes de partidos proletarios en los ministerios burgueses. Cuando hablamos de posición socialdemócrata pura queremos hablar de los que sostienen que el proletariado debe -o incluso simplemente que puede- acceder al poder sin lucha violenta, sin destruir el sistema parlamentario y la máquina ejecutiva del Estado burgués y ejercer el poder para la supresión del capitalismo sin la dictadura, sin el régimen de los consejos obreros.

Algunos pretenden que el proletariado debe evitar todo esto y que la vía que defienden los comunistas está en contradicción con el... socialismo. No es necesario extenderse sobre este punto para mostrar que los que ven una contradicción entre su socialismo y la violencia, la dictadura, etc., predicán un socialismo, ellos lo han debido heredar de alguna secta evangelista o de algún congreso de la paz. Que ellos vayan, por consiguiente, al bazar del pensamiento burgués.

Pero incluso cuando se hace simplemente alusión a la posibilidad de que la historia resuelva en algunos casos el problema de la trans-

ferencia del poder al proletariado sin que sean cumplidas las condiciones revolucionarias, no se hace una inocente modificación superficial del marxismo, se niega el marxismo en su principio. Para admitir tal eventualidad, sería necesario que la estructura legislativa y ejecutiva del Estado burgués pudiera cumplir tal cual la tarea de expropiación del capitalismo. Ahora bien, esta acción implica la destrucción de la constitución legal del Estado burgués. La representación parlamentaria no tiene teóricamente tal facultad. No se trata aquí de un problema abstracto: en los hechos eso significa que un ministerio elegido por la vía parlamentaria puede contar con el aparato del Estado para realizar su programa mientras éste no salga de la legalidad burguesa, es decir, mientras no ponga en cuestión la conservación de los privilegios de la burguesía.

El día en que el gobierno saliera de esos límites, el ejército, la policía, la administración, no le seguirán más y lo derribarán si él se obstina. Y ellos lo derribarán, no por tener razón jurídicamente, conforme a su posición y a su juramento de funcionarios del Estado burgués, quienes se comprometen a respetar y a hacer respetar la constitución, sino porque, en la realidad material, su jerarquía constituye el engranaje de una máquina construida por el capitalismo, lubricada y dirigida por la clase burguesa, y porque esa jerarquía no abandonará a la burguesía sin haber puesto primeramente sobre la balanza el peso de su fuerza armada organizada. Esta vía socialdemócrata pura no es, por consiguiente, imposible. Lo que es imposible es que ella conduzca al ejercicio del poder por el proletariado con el objetivo de suprimir el capitalismo.

En cierto momento, la necesidad de la destrucción violenta del aparato del Estado -destrucción que no puede hacerse sin violencia material, armada y organizada- aparecerá de manera implacable. Veremos las consecuencias de una tal situación, en que la necesidad de la lucha violenta no ha sido prevista, y cómo la crisis se resuelve por la alianza entre socialdemócratas y burguesía. Lo que está establecido desde ahora es que esta concepción socialdemócrata encierra una incompreensión de la función del Estado, función que aparece claramente en la doctrina comunista marxista, y, por consiguiente, incluso cuando dice que el proletariado debe tomar el poder, la socialdemocracia está fuera del marxismo y contra él, separada de nosotros por un abismo; y se debe considerar a la posición socialdemócrata como una variante teórica bastarda de la mentalidad burguesa

en la medida en que abandona el terreno marxista, bajo el peso de prejuicios democráticos burgueses, cuya destrucción es una necesidad indiscutible para los marxistas.

Tras haber establecido que esta tendencia socialdemócrata pura no es más que una pura tendencia burguesa -lo que corrobora la previsión según la cual sus representantes trabajarán en la práctica para la burguesía- vamos a examinar las tentativas que hacen algunos para encontrar, entre el método comunista y el otro método, del cual venimos de hablar, soluciones intermedias todavía más equívocas e insidiosas.

*** **

EL EMPLEO DE LA VIOLENCIA

En los artículos precedentes, tratando de la toma del poder, nos hemos esforzado en formular en sus verdaderos términos las diferencias de principio que separan a los comunistas de los partidarios de las tesis socialistas tradicionales. Nuestro propósito no era aún la crítica de la táctica socialdemócrata y de su desarrollo necesario hasta la acción abiertamente anti-revolucionaria, crítica que sólo ha sido abordada de paso y que merece ser tratada largamente. Por el momento, se trata simplemente de demostrar que el método comunista tiene un contenido que le es propio, y que está definido de manera tan rigurosa que no se lo puede aceptar con reservas, tomando una parte y rechazando otra, ni suavizarlo con una crítica tendiente a reducir la diferencia entre nuestras posiciones y las viejas ilusiones socialdemócratas.

Nosotros hemos puesto en evidencia, por consiguiente, la oposición entre la tesis socialdemócrata y la tesis comunista, mostrando que es sólo aparentemente que el problema de la toma del poder por el proletariado constituye un punto de partido común, pues, en realidad, lo que separa esas tesis es una cuestión bastante más importante: la de la necesidad o no de demoler el aparato de Estado burgues para crear la posibilidad de un poder proletario que destruirá la economía burguesa. Cuando los socialdemócratas nos dicen: El Estado tal como es hoy (es decir, con su parlamento y su aparato ejecutivo) puede ser tomado y utilizado para los objetivos de clase del

proletariado -lo que equivale a decir que se pueden alcanzar esos objetivos sin acción violenta ni lucha armada-; cuando los socialdemócratas se expresan así, poco nos importa que ellos reivindicuen el marxismo y acepten en palabras las ideas de lucha de clase, de intransigencia, de ejercicio del poder sin participación burguesa. Esa gente no comprende nada del marxismo, ya que ellos no han asimilado la crítica de la democracia y del rol del Estado en las relaciones entre las clases. No más en Marx que en la historia, ellos no han aprendido que una estructura estatal dada nace, vive y muere en tanto que instrumento de poder de la clase que el desarrollo de los medios de producción pone a la cabeza de la sociedad; y que la clase burguesa capitalista ha encontrado este instrumento en el Estado parlamentario moderno, que existe en todos los países que han conquistado las delicias del régimen democrático con su cortejo de burocracia, de ejército, de justicia de clase.

Esa gente no ve incluso que, para tomar la dirección de la sociedad -cuando la maduración de las relaciones económicas la ha empujado a ello-, la burguesía ha debido ahogar en la sangre y el terror las viejas instituciones, las personas, las castas dominantes. Ellos aceptan la tesis específica y estúpidamente burguesa según la cual la necesidad del empleo de la violencia, de la guerra civil y de las transformaciones revolucionarias habrían desaparecido del curso de la historia tras la violencia legítima de la revolución democrática, que habría abierto la época de las luchas civilizadas, pacíficas y electorales. Es una tesis burguesa pues ella traduce en lenguaje demagógico la idea de que la violencia es legítima cuando da el poder a la clase capitalista, pero que no es legítima cuando quiere arrancárselo. Es una tesis innoblemente burguesa, pues implica la conclusión de que la violencia defensiva del Estado actual contra toda acción que atente contra sus poderes constitucionales es legítima y es empleada en el interés colectivo: la salvaguardia del mecanismo democrático. (Como siempre, la dialéctica implacable que la dirige en la historia, empuja a la burguesía a renegar sin vergüenza los postulados de los cuales ella se ha servido).

También los que ponen el dedo en el engranaje socialdemócrata capitulan frente a las tesis burguesas y caen en posiciones diametralmente opuestas a las que sostienen los marxistas, para quienes

el Estado existe y funciona no en interés de la colectividad social, sino en interés de una sola clase. Esa gente no ve incluso que el ciclo de las revoluciones, es decir, el pasaje del poder de una clase a otra, sólo puede ser cerrado por un Estado cuya función histórica es actuar para la abolición de las clases. Este Estado no puede ser sino el Estado proletario, destructor, de hecho y de principio, de la propiedad privada, mientras que el Estado burgués abre y desarrolla su ciclo histórico en el marco de una sociedad, más que nunca, dividida en clases.

En suma, frente a la formidable visión del marxismo, estas gentes son unos imbéciles, pero frente a las afirmaciones viriles y categóricas del marxismo contra todo pacifismo filisteo, aparecen como unos castrados de la raza de Cristo, de Tolstoi o de otros Mazzini, como unos eunucos que, sin embargo, asumirán mañana el rol de verdugos al servicio de los sultanes del capital, quienes no se preocupan de piadosas consideraciones humanitarias.

Una vez arrojados en el pantano socialdemócrata los que pretenden permanecer en la superficie gracias a la deteriorada balsa de la táctica socialista intransigente de antaño -táctica que ha tenido su valor histórico en tanto que premisa lógica de la actitud actual de los comunistas-, es necesario ocuparnos de los otros innumerables fabricantes de programas, cuyas afirmaciones particulares, cuyas interpretaciones específicas de los conceptos de base del comunismo -el empleo de la violencia y la dictadura del proletariado- van un poco más lejos y que, por esta única razón, pretenden el calificativo de comunistas.

Ellos pululan en Italia, sobre todo entre los que, partiendo de las ardientes declaraciones maximalistas recientes, van camino hacia el reformismo más innoble, pero tienen necesidad, para alcanzar sus objetivos, de presentarse a las masas como partidarios de la doctrina comunista y la acción de la IIIa. Internacional. Se puede mostrar no solamente que sus posiciones son propias del socialdemocratismo puro (perdónennos esta expresión, réplica involuntaria a la estúpida calificación de comunistas puros con la que nos pretenden ridiculizar a título de injuria y no con un objetivo de precisión crítica), sino también que las consecuencias de su acción son todavía más insidiosas y derrotistas que en el caso de los socialdemócratas.

Qué dicen ellos, pues? Su gran habilidad está en permanecer en

la vaguedad y evitar las afirmaciones claras. Pero tanto a través de los silencios, como de las habladurías fútiles, su actitud se muestra en toda su inepticia.

Consideremos por ejemplo, su posición sobre el problema de la violencia. Ellos dicen aproximadamente esto: nosotros admitimos la violencia como un momento necesario del acto revolucionario; pero juzgamos inoportuno predicar la violencia desde ahora (incluso los cocodrilos se sonrojarían) porque las cosas no están maduras y la burguesía, que está en posición de fuerza, nos atacará de antemano si ella se siente amenazada. Ahora bien, es precisamente ésto lo que han hecho estos "maximalistas" ! Hasta ayer ellos han predicado la violencia, pero no han hecho nada para organizar una preparación de masas, correspondiente a esta propaganda verbal; ellos quedarán satisfechos con sus 150 escaños en el Parlamento y las dos mil quinientas municipalidades socialistas que esta propaganda les ha proporcionado; y hoy, frente al ataque burgués, que son impotentes de rechazar, sus innobles declaraciones predicán el desarme político y material del proletariado.

De esta forma, llegan a predicar un derrotismo tal que en todo régimen militar -capitalista o socialista no evangélico- justificaría ampliamente su ejecución inmediata.

Decir que se recurrirá a la violencia en el último momento, cuando las condiciones mismas, en el punto culminante de la crisis, la vuelvan inevitable y lógica, es en realidad una actitud derrotista frente a la revolución. En efecto, la burguesía cuenta con su aparato defensivo democrático -ayudado por la ilusión socialdemócrata- para realizar el esquema siguiente: hacer creer a las masas que ellas podrán acceder al poder por la vía legal, tranquila y fácil, y, cuando la violencia explote, aprovechar su preparación y su organización armada estatal para aplastar toda tentativa de insurrección por parte de un proletariado sin ninguna preparación.

Por consiguiente, el que no es un puro socialdemócrata y es capaz de ver que, cualquiera que sea el curso de los acontecimientos, se llegará tarde o temprano al enfrentamiento armado, debe comprender también que se llegará a esto en una posición tanto más favorable a la revolución, cuanto más preparado esté el proletariado para ese enfrentamiento.

El método comunista exige que incluso cuando no se está en la fase del asalto inminente se diga al proletariado que será necesario

que este asalto tenga lugar y que es solamente con las armas en la mano que se podrá vencer; y, al mismo tiempo que anuncian esta necesidad y crean en las masas el sentimiento de que ellas deberán saber afrontarlo, los comunistas deben organizar la fuerza del proletariado contra el Estado burgués. Es solamente así que se puede suspender acciones arriesgadas o desfavorables cuando la situación lo exige.

En cuanto a los que en el momento de los conflictos decisivos, cuando la burguesía rechaza la máscara de la democracia y de la legalidad, pretenden responder aplicando esa misma máscara en la cara del proletariado, los que defienden la legitimidad del régimen parlamentario civilizado, invitando a las masas a renunciar a toda acción armada y a confiarse a no se sabe qué fuerzas imponderables, las que, sin dar un sólo golpe les abrirán el porvenir, estos no se escapan de esta alternativa: o bien creen en la mentira socialdemócrata que excluye la violencia proletaria de las vías de la historia; y el purgatorio de los imbéciles será para ellos un castigo suficiente; o bien creen -incluso confusamente- en la necesidad de un episodio de lucha violenta, y entonces -sobre todo si antes ellos han predicado verbalmente una violencia que va más lejos de lo necesario- merecen ser precipitados en el infierno reservado a los traidores.

*** *** *** ***